

Las ciencias sociales: un insumo para las políticas públicas

Noemí M. Girbal-Blacha*

RESUMEN

La grave crisis que vivió Argentina afecta los fundamentos esenciales de la nación. La escasez de propuestas y de proyectos capaces de recomponer las relaciones sociales al interior del Estado obliga a una reflexión crítica para contribuir a diagnosticar y aproximar soluciones a los problemas que tiene hoy la nación argentina. El conocimiento multidisciplinar generado desde las ciencias sociales y humanas es un buen comienzo para conseguir esos objetivos y contribuir a la formulación de políticas públicas de mediano y largo plazo. El trabajo pasa revista al camino recorrido por las ciencias sociales en la segunda mitad del siglo XX para saber qué puede y debe esperarse de ellas. Muestra la relación que existe entre las condiciones sociales y los objetos y formas de análisis de dichas ciencias. Concluye que ciencia, política y sociedad han mantenido y mantienen “relaciones controvertidas”, y que del rango que se otorgue a la primera, en tanto decisión política, dependerá el bienestar de la última y, por ello, la obtención de la inclusión, la libertad y la igualdad de oportunidades de los argentinos.

Palabras clave: ciencias sociales, sistema científico, políticas públicas, Conicet.

ABSTRACT

The profound crisis experienced by Argentina affects the essential foundations of the nation. The shortage of proposals and projects capable of rebuilding the social relations within the State require a critical reflection to help diagnose and approximate solutions to today's problems of the Argentine nation. The multidisciplinary knowledge generated from the social and human sciences is a good start in getting those goals and contribute to the formulation of public policy for medium and long term. The work looks at the road traveled by the social sciences in the second half of the twentieth century to find out what can and should be expected of them. Shows the relationship between social conditions and objects and forms of analysis of these sciences. It concludes that science, politics and society have kept and maintained “contentious relationship” and that of the range that is given to the first –while political decision– will depend the welfare of the latter, and thus obtaining inclusion, freedom and equality of opportunity for the Argentines.

Keywords: social sciences, scientific, public policy, Conicet.

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Universidad Nacional de Quilmes (UNQ), Argentina.

PLANTEOS Y PROBLEMAS

La crisis profunda y sin precedentes en que estuvo inmersa la República Argentina hasta hace un quinquenio atrás, supera las nefastas consecuencias de su extraordinaria e ineficiente deuda externa; afecta los fundamentos esenciales de la Nación, de sus instituciones y de la identidad nacional. Desconcierto, desconfianza y añoranza acerca de un pasado mejor alimentan el divorcio entre una dirigencia política –que parece ajena a los problemas nacionales– y la gran mayoría de la sociedad argentina, de la cual más de 40% está sumida en los efectos que acompañan a la pobreza, la marginalidad y el deterioro de instrumentos para el ascenso social, como la educación y el trabajo. Reconstruir la memoria colectiva, posiblemente adormecida por los autoritarismos del pasado y las angustias derivadas de la historia del tiempo presente –producto a su vez de la falta de normas de referencia y de una institucionalidad capaz de encauzar los reclamos y necesidades sociales– se presenta como una necesidad impostergable.

La escasez de propuestas y de proyectos capaces de recomponer las relaciones sociales al interior del Estado, de construir una hegemonía representativa que asegure la gobernabilidad con democracia e indique un camino de salida, aunque sea azaroso y esforzado, obliga a una reflexión crítica para contribuir a diagnosticar y aproximar soluciones a los problemas que tiene hoy la nación argentina, a pesar de una coyuntura internacional que la favorece en tanto productora de alimentos y materias primas de base agraria. El conocimiento multidisciplinar generado desde las ciencias sociales y humanas es un buen comienzo para conseguir esos objetivos y contribuir a la formulación de políticas públicas de mediano y largo plazo, ausentes desde hace mucho tiempo en el país. Son los aportes de estas áreas consideradas –por algunos– las “menos científicas” de las ramas de la ciencia en sentido estricto y positivista, a pesar de sus “fundamentaciones esencialmente emancipadoras” (Sidicaro, 2008:22), los que deben –como en otros tiempos– ser parte de la solución de las disyuntivas estructurales que afrontan hoy la República Argentina y sus habitantes.

La “eficacia particular de las metáforas científicas” (Fox, 2000:11-30) depende de los recursos sociales tanto como de los tecnológicos y materiales, porque si bien la realidad no se construye sólo con el lenguaje, sin duda la discusión ayuda a mantener viva la presencia de

la ciencia en un mundo globalizado; especialmente cuando resulta evidente que el lenguaje científico cumple funciones cognitivas, pero también políticas. Si se atiende conceptualmente a las palabras de Luis Pasteur, pronunciadas hace ya más de un siglo, acerca del cultivo de las ciencias como “más necesario para el estado moral de una nación que para su prosperidad material”, es posible advertir, siguiendo su razonamiento, que son ellas las que “introducen en el cuerpo social entero el espíritu filosófico o científico, ese espíritu de discernimiento que somete todo a un razonamiento severo, condena la ignorancia, destruye los prejuicios y los errores” (Barrios y Paladini, 1989:284-285). Parafraseando a Bernardo Houssay –fundador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet)–, puede sostenerse que “la jerarquía y el poderío de una nación dependen en grado fundamental de su desarrollo científico y técnico en perpetua evolución”, porque de ese patrimonio cultural también dependen, como él mismo afirmara en 1958, “la salud, el bienestar, la riqueza, el poder y hasta la independencia de las naciones” (Barrios y Paladini, 1989:284-285).

El sistema científico argentino –que, como otros ámbitos, no es ajeno a los prejuicios y participa de una visión sexista (Clarín, 2008:34-35)– ha vivido los efectos del neoliberalismo de la década de 1990, las consecuencias de la grave crisis del 2001 y la rehabilitación progresiva anunciada por el gobierno nacional desde el 2003, con las sucesivas etapas del Plan de Jerarquización de la Ciencia. En todas ellas, las ciencias sociales estuvieron comprometidas y formaron parte tanto de la crisis como de sus salidas temporarias.

Las estadísticas –hoy cuestionadas en la Argentina a partir de los cambios operados en su máximo organismo de medición, el INDEC– resumen el número total de integrantes del mencionado sistema (alrededor de 35 mil agentes, de los cuales unos 12 mil dependen del Conicet) para nutrir un discurso oficial que rescata desde el plano cuantitativo la paridad de oportunidades más allá del género y de las áreas del conocimiento a las que se haga referencia a la hora de hacer una caracterización global, abarcativa de la ciencia y de la tecnología argentinas. Emplea dicho enunciado para legitimar un rasgo distintivo y singular de nuestro sistema científico cuando decide hacer comparaciones con otros países. Los máximos representantes gubernamentales, los de la Agencia de Promoción Científica y Tecnológica (dependiente del flamante Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación

Productiva), así como el Conicet—expresiones institucionales mayores de la ciencia en la Argentina— asumen esa globalidad, pero no dejan de señalar entre sus áreas prioritarias las que en términos de impacto cuantitativo generan mayor transferencia (nanotecnología, biotecnología e informática).

Desde hace un quinquenio, la mayor asignación de recursos ha permitido revitalizar al sistema científico tecnológico argentino, ampliando para el Conicet las vacantes a un ingreso de 500 investigadores que se incorporan anualmente; asimismo, el número de becas se ha duplicado de 800 en el 2001 a un promedio de 1 550 anuales en los últimos cinco años.¹

A modo de compromiso con las causas en debate, y como parte de la necesaria reconstrucción de la memoria colectiva, conviene entonces pasar revista desde el presente al camino recorrido en la segunda mitad del siglo XX por las ciencias sociales para saber qué puede y debe esperarse de ellas. La propuesta es hacerlo considerándolas como parte de una de las grandes áreas del conocimiento que merecen situarse entre las prioridades nacionales, si la intención es reconstruir un país inclusivo, equitativo y que asegure menores desigualdades regionales y sociales que las que hoy se imponen cualitativa y cuantitativamente.

LOS NUEVOS APORTES DE LAS CIENCIAS SOCIALES DESDE LA POSGUERRA

La Guerra Fría, el tercermundismo y la no alineación son características sustantivas derivadas del fin de la Segunda Guerra Mundial, con las que se inaugura la segunda mitad del siglo XX. Sus efectos alcanzan a la empresa cultural y también a sus expresiones más significativas, especialmente cuando el marxismo se extiende con fuerza en el mundo intelectual, que confronta, entonces, a partir del debate de ideas y principios (Koselleck, 1993). Esa confrontación alcanza en 1955 una de sus máximas expresiones en la obra de Raymond Aron titulada *El opio de los intelectuales*, un ensayo anticlerical que descalifica, al mismo

¹ Desde sus comienzos, este organismo tiene —y conserva— un estricto sistema de evaluación en el campo que le compete. Se integra con evaluadores especializados y comisiones asesoras de un Directorio que decide y ejecuta la política científica del Conicet.

tiempo, al marxismo y su concepción de “la revolución”, así como a los intelectuales que idolatran la historia y creen en la infalibilidad partidaria. Es a ellos a los que asemeja con los hombres de la Iglesia. Aron polemiza con Sartre y –en tanto crítico– sus escritos se convierten en lectura obligada en las instituciones universitarias y se discuten en las redes intelectuales y políticas.

Una vez más, el compromiso de las ciencias sociales con la sociedad y con la realidad imperante obliga a la opinión, al diálogo y al debate, tanto en las naciones centrales como en aquellas que les son tributarias. Kenneth Arrow, por ejemplo, lo hace como una prolongación de las discusiones propias de la economía y de la ciencia política; en *Preferencias sociales y valores individuales* se pronuncia sobre cómo diseñar una política pública de beneficios colectivos partiendo de las preferencias individuales y brinda un modelo para la discusión (Winock, 1999; Cabin, 2000:68-69). El debate social se tiñe de estas discrepancias, pero también se alimenta de estas propuestas.

Es precisamente en la década de 1950 cuando, ante el crecimiento de la industria y la tecnología propios de la posguerra, se renuevan los análisis y estudios acerca de la sociedad industrial. Los bienes de consumo se posesionan del escenario económico mundial y tanto la historia económica como la sociología analizan el fenómeno. Quienes toman las decisiones políticas nacionales saben de estos abordajes más allá del significado que les atribuyan en cada caso.

La década de 1960 trae consigo una singular y, hasta podría decirse, inusual participación de las ciencias sociales en el enfoque de los problemas que padecen las sociedades, tanto en sus vínculos relacionales internos como en su relación con el Estado. A mediados de este decenio, “la ola estructuralista” deja su impronta alejándose de sus orígenes lingüísticos e incluso del circunscrito mundo académico. El psicoanalista Jacques Lacan define el inconsciente como un tipo de lenguaje; Michel Foucault analiza el discurso a través de una historia general de las ideas, reemplazando el término *estructura* por el de *episteme* para llevar a cabo “una arqueología de las Ciencias Humanas”; el antropólogo social Claude Lévi-Strauss propone su concepción acerca del sistema de parentesco, mientras Roland Barthes hace sus aportes a la semiología general. Estos intelectuales, entre muchos otros, dan a conocer sus estudios acerca de cómo la producción humana en su conjunto aparece determinada por las estructuras; vale decir que el estructuralismo se constituye en un método general

para el abordaje de los fenómenos y de los textos, brindando los cimientos para conocer las formas subyacentes de los mismos.

En medio de las polémicas filosóficas, Raymond Boudon define la noción de estructura como imprescindible, irremplazable, para las ciencias humanas. El estructuralismo llega a irrumpir incluso en el escenario político como una vanguardia dispuesta a “refundar” el marxismo y también a sustituir al humanismo y a la fenomenología por una concepción más rigurosa del análisis científico que sea capaz de proyectarse a la sociedad en su conjunto (*Sciences Humaines* 30, 2000:80-89).

Sin lugar a dudas, 1968 deja también su impronta. El concepto de *modelo* se consolida progresivamente en algunas áreas de las ciencias sociales y humanas como la geografía, la historia económica y la arqueología. Los vientos contestatarios soplan entonces desde el ámbito universitario, especialmente del sector anglosajón. Se habla de una “nueva geografía” y de “modelos geográficos” que dan lugar al avance del método hipotético deductivo para redescubrir los modelos de localización surgidos en el siglo XIX y vigentes hasta el periodo de entreguerras en los trabajos de los economistas y geógrafos alemanes. El cambio da cuenta de esta apertura de las ciencias sociales y también de la mayor identificación del hombre con el medio. Se abre paso la teoría de la “producción social del espacio” como alternativa a la visión espacialista predominante hasta la década de 1960 (Girbal-Blacha, 2004:171-186).

La historia económica, por su parte, recibe la influencia de los ahora Premios Nobel estadounidenses Douglass North y Robert Fogel, quienes integran la teoría económica a la interpretación de los hechos históricos. Amalgamada con la historial serial y cuantitativa, cobra cuerpo la “New Economic History”. Los números –como sustento de la racionalidad técnica de los fenómenos socioeconómicos– se imponen más allá de las necesidades humanas. Mientras tanto, la renovación del conocimiento también alcanza a la arqueología, opuesta entonces a las interpretaciones más tradicionales de la disciplina, privilegiando como en otras áreas disciplinares la construcción de modelos explicativos frente a la descripción.

En la Argentina, se ha dicho que la referencia dual a lo cultural y a lo político que hacen los intelectuales nativos se refleja en sus instituciones, que comparten con la política “la débil capacidad de gestión de las diferencias y de control de los conflictos, debido a que

sus formas de organización carecen de referencias culturales compartidas y estables". Son las convicciones ideológicas –alentadas, por el ejemplo, por la Revolución Cubana y los sucesos del Mayo francés del 68– las que influyen en la reorganización de las relaciones entre intelectuales, hasta intervenir "en el diseño de las identidades culturales" (Sigal, 1991:106). Diversas revistas de cultura política consignan este perfil de la realidad local. Es el caso de *Cuestiones de Filosofía, Contorno, Ciudad, Sur, Gaceta Literaria*, y muchas otras (Terán, 1991; Girbal-Blacha y Quattrocchi-Woisson, 1999).

Entre 1970 y 1980, el mundo occidental recoge los efectos de los nuevos movimientos sociales. Mayo del 68, que actúa como un verdadero sismo cultural, activa no sólo nuevas formas de movilización colectiva por motivos variados –en defensa de la ecología, del feminismo, de la homosexualidad, del pacifismo, de los derechos humanos–, sino que pone en jaque a la autoridad tradicional en la escuela, en la familia, en la empresa. La sociedad transforma sus hábitos consuetudinarios y lo expresa en la construcción de una "contracultura" o "cultura *underground*"; por ejemplo, a partir de una nueva concepción del tiempo libre, de la comunicación, de la negociación. Las ciencias sociales diagnostican estos fenómenos, los abordan y estudian como parte de su quehacer específico y aportan sus resultados.

La coyuntura es auspiciosa para dar cabida a los debates sobre el poder, la locura y el saber. Apenas iniciada la década de 1970, influida por la discusión de estos conceptos, Michel Foucault –alumno dilecto del fundador del marxismo estructuralista, Luis Althusser, y del filósofo de las ciencias George Canguilhem– concita la atención intelectual desde el Collège de France cuando sostiene que el racionalismo es la causa primordial de la exclusión. Foucault cuestiona a la sociedad dominada por una burguesía impregnada de valores atribuidos a la modernidad y se interroga acerca del saber y su vinculación con un lugar y un tiempo determinados. Estudia la *episteme* de una época y los discursos que produce para explicar la historia de las ideas como producto de rupturas radicales. No son pocas las críticas que recibe su obra; para algunos es el exponente central de la filosofía posmoderna; para otros no es posible aceptar, sobre las bases foucaultianas, la relación entre racionalismo y poder tal como él la propone.

En medio de estos planteos tiene lugar, casi simultáneamente, la renovación psicoanalítica –encarnada en el austriaco Wilhem Reich–

y las propuestas de la filosofía alemana de Herbert Marcuse, brindando una plataforma sustentable a las lecturas críticas de las obras de Freud y Marx, mientras asocian el poder a la imaginación del hombre. En el campo de la historia son tiempos de expansión para “la nueva historia”, influida por el estructuralismo de Lévi-Strauss, de Georges Dumézil y del propio Michel Foucault (Winock, 1999:712-738). La corriente de los *Annales* (Lucien Febvre, Marc Bloch y Fernand Braudel) se proyecta en la creación –durante 1971– de l’Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París, donde la historia aparece especialmente representada. Es desde este ámbito que los historiadores se lanzan a la conquista de un espacio de poder intelectual y cultural que reclaman porque estiman que les corresponde (Revel, 1999:9-27). Habrán de obtenerlo y el poder político escuchará en los países centrales –más que en los que están en vías de desarrollo– el diagnóstico y las propuestas teóricas y metodológicas de este sector de la investigación científica.

Con la declinación del marxismo como teoría social y la crítica al sistema político totalitario, se replantea el tema de los derechos humanos y la democracia. A mediados de la década de 1970, el pensamiento de la filósofa estadounidense de origen judío encuentra en Hannah Arendt (1906-1975) un punto de referencia para la filosofía política de fines de ese decenio y del siguiente. Arendt parte de criticar las concepciones que transforman la historia en una abstracción, hasta llegar a colocar la realidad empírica y humana entre paréntesis. Pero Arendt no es la única partícipe de esta discusión. Su contemporáneo, el filósofo y sociólogo francés Raymond Aron (1905-1983), se convierte en el impulsor de la tesis de Arendt en Europa (especialmente en Francia) y de ahí pasará al resto del mundo occidental, que redescubre los valores democráticos a partir de las críticas al totalitarismo (Arendt, 1991). Mientras tanto, la ruptura del orden institucional en varios países de América Latina, y especialmente en la Argentina, deja secuelas de alto impacto y resquebraja la deteriorada relación entre la clase política y los intelectuales, que padecen el recorte de su libertad de pensamiento. En la Argentina de esos tiempos, el derecho a la vida entra en una zona de alto riesgo. Las instituciones, la ley fundamental de la nación y la política deliberativa desde donde puede construirse la hegemonía, sufren un eclipse total y la sociedad se autocensura. Las humanidades y las ciencias sociales entran en un clima de sospecha. No se las alienta, se las proscribire (Invernizzi y Gociol, 2002).

Durante la década de 1980, mientras los regímenes comunistas se estremecen frente a la reforma económica (Perestroika) y política anunciada por Mikhail Gorbachev –que perdura hasta inicios de la década de 1990–, es evidente el retorno del liberalismo. Margaret Thatcher y Ronald Reagan son sus máximos representantes; simbolizan, sin lugar a dudas, la revolución liberal y conservadora a la vez. El desarrollo estatista deja lugar para el avance decidido del neoliberalismo. Desregulación, privatizaciones e individualismo extremo son sólo algunas de sus expresiones. Exclusión, marginalidad y desempleo son otros de los rasgos sustantivos de la coyuntura imperante en la década de 1980, que en países como la Argentina anuncia la debacle de fines de la década de 1990. Gobernabilidad y democracia parecen estar escindidas cuando la economía, o mejor dicho el mercado, se impone a la lógica del Estado. La recuperación del espacio perdido por la ciencia y el conocimiento es lenta; el regreso al escenario social se hace difícil, mucho más sin recursos financieros adecuados.

La sociología, la etnología, la historia y el psicoanálisis dejan atrás, definitivamente, el estructuralismo nacido hacia la década de 1950. Se produce, según las palabras de Alain Touraine, “el regreso del actor”. Una dimensión de este fenómeno tiene significación política y social; la otra atañe directamente al campo de las ciencias humanas. Ambas aparecen amalgamadas, pero la segunda es la que interesa para los objetivos de este estudio. En este caso, el gran debate tiene lugar inicialmente en la sociología, con un cambio de perspectiva que arremete –hacia 1982, alentada por Raymond Boudon– contra el estructuralismo y el marxismo casi con la misma fuerza. La propuesta innovadora se vincula al “individualismo metodológico” –una conceptualización atribuida a Max Weber y a Alexis de Tocqueville–, es decir, a las motivaciones individuales que generan comportamientos particulares. El blanco de la reflexión es el estructuralismo que encarna Pierre Bourdieu y su noción acerca de “los *campos*” como territorios de señalada identidad y en acción permanente (Bourdieu, 2002; Winock, 1999:706 y 730).

En la historia, “el regreso del actor” se manifiesta de manera singular. Es, en gran parte, un retorno a la biografía, al individuo, al acontecimiento y a la política. Es también un cuestionamiento a la “verdad absoluta”, a “la historia inmóvil”, estructural, de textura braudeliana. Al mismo tiempo, en la década de 1980, se produce el surgimiento de la microhistoria, nacida en Italia y orientada como

“un juego de escalas” a “la construcción de lo social” –dirá más tarde el historiador francés Jacques Revel– para indicar un modo diferente de observar los fenómenos de la sociedad. Las ciencias sociales dan muestras de madurez al complejizar y precisar sus observaciones, sin que este cambio de ángulo para analizar el objeto de estudio implique pérdida de importancia de los procesos sociales y de las decisiones colectivas (Revel, 1996). En los estudios históricos, el actor aparece ahora a través de la historia de los hombres comunes, de la vida cotidiana, de las mujeres y de un género que resurge: la biografía; así lo demuestran, por ejemplo, los estudios de Emmanuel Le Roy Ladurie y Jacques Le Goff (*Sciences Humaines* 18, 1997:12-13). El sujeto social es recuperado plenamente como objeto de estudio y su accionar se analiza como parte de una red de relaciones que se convierte en la mayor preocupación de los científicos sociales. Un insumo que las políticas públicas no suelen ponderar en toda su dimensión a la hora de ser pensadas y formuladas, por lo menos no en la Argentina contemporánea.

La economía, por su parte, refuerza sus intentos por desalojar al Estado de su radio de acción y propicia la restauración del libre funcionamiento del mercado, de cuya superioridad está persuadida. Milton Friedman es un genuino representante del pensamiento de estos tiempos.

En el convulsionado contexto de la década de 1990, una nueva visión mundial parece mostrar incertidumbre y desorden. Un complejo entramado de inestabilidades, fluctuaciones y bifurcaciones asalta al mundo científico que se torna menos previsible. Pequeñas variaciones iniciales pueden generar –en este contexto– efectos significativos de larga duración. La llamada “teoría del caos” se fortalece en medio de un futuro decididamente incierto. Se insiste en la complejidad de los hechos humanos como producto de los diversos factores que intervienen en ellos. Las críticas al determinismo en el campo de las ciencias sociales arrecian, mientras la preocupación central del momento es la relación –estrecha, pero tensa– entre el orden y el desorden (Chomsky, 1993).

Y es que a partir de 1990, los rasgos del decenio anterior se acentúan. La mundialización de la economía y su renovado papel planetario es una clara expresión del refuerzo de ese significado. La violencia de base política, étnica o religiosa adquiere un despliegue inusual, hasta eclipsar la revolución tecnológica y de las comunicaciones (Laclau,

2000:9-99). Como si se tratara del revés de la trama, mientras las desigualdades sociales se afianzan y la violencia –a veces sofisticada y otras simplemente violenta– se torna un hecho cotidiano, se consolida la llamada “sociedad de la información” (Castells) de la globalización cultural (Ciapuscio, 1994). Es entonces cuando, al mismo tiempo, desde los Estados Unidos se procura mostrar a partir del debate la transformación de la producción industrial en relación con la apertura económica mundial y la regionalización. Sociólogos, historiadores, geógrafos y economistas se interrogan por el significado y los alcances de la emergencia de los fenómenos transnacionales y la regulación de los mismos, mientras se hacen preguntas respecto de la cuestión de la identidad y los conflictos nacidos de la globalización en un marco sobresaliente de revolución tecnológica. Los antropólogos y los filósofos –en cambio– prefieren relacionar esos procesos con la difusión cultural.

Las ciencias humanas pasan de la crisis a la recuperación, pero con un costo importante. La desaparición de los llamados grandes maestros del pensamiento (Jean-Paul Sastre, Roland Barthes y Jean Piaget, en 1980; Jacques Lacan en 1983; Michel Foucault en 1984; Fernand Braudel en 1986; Luis Althusser en 1990; Pierre Bourdieu en 2002, entre otros) retrae la participación de los intelectuales comprometidos con las causas públicas que se encuentran en debate. Al mismo tiempo, se produce el eclipse de los postulados principales del pensamiento del 68, signando la aparición de nuevos paradigmas. Después del “regreso del actor” de la década de 1980, la década siguiente auspicia el constructivismo y el interaccionismo, acompañados de la renovación, de un nuevo despertar de la filosofía de corte humanista (Touraine, 1998).

La moral y la ética forman parte central de un amplio debate público, en el cual los filósofos son invitados a intervenir cuando caduca la idea kantiana de “una moral universal”. Son los tiempos de un saber que cambia, de un eclecticismo creciente. Se trate de Paul Ricœur o de Richard Rorty, lo cierto es que nadie admite criterios o justificaciones absolutos en materia de ética, aunque se dé por sentado que no se puede carecer de ella. Hay una pluralidad de esferas en las que interviene la justicia, y en esa amplia gama puede hablarse de la responsabilidad y de la vigilancia en la búsqueda de un sentido filosófico de la moral (Ricœur, 2000:5-66 y 385-448). Mientras tanto, la

política y la economía se debaten frente a la necesidad de constituirse en parte de la ética imperante con escasos resultados de éxito.

En el plano teórico se admite que ningún modelo puede explicar por sí mismo la realidad. Metodológicamente, también se despliega una actitud prudente y se acepta la diversidad de enfoques. Síntesis y pluridisciplinariedad se afianzan en el campo intelectual de las ciencias humanas y sociales. La ciencia en su conjunto admite, pues, que no es posible sostener un “pensamiento único”. Este cambio sustantivo en las ideas y en las propuestas de los intelectuales se acompaña de otras transformaciones en el plano educativo. En una mirada de conjunto, las ciencias humanas dan muestras de un avance sustantivo en el campo de las preocupaciones que tiene la comunidad (la comunicación, la formación continua, el urbanismo, la inserción social, etcétera).

El escenario se integra a una sociedad que, frente a la crisis económica, el desempleo masivo y la pobreza creciente, asiste a la dualización social, a la exclusión, al retorno de las enormes desigualdades que conducen a la fractura del cuerpo social, que reconstruye fronteras de clase entre aquellos que sortean los efectos negativos de la crisis y quienes sucumben ante ella. Frente a esta escisión, sociólogos, politólogos e historiadores se interrogan acerca del papel que debe cumplir el Estado; describen la “crisis del Estado providencia”, como lo calificara el historiador de las ideas Pierre Rosanvallon en 1982, es decir, de un Estado que se muestra incapaz para dar soluciones efectivas y duraderas a las crisis sucesivas (Gaudin, 1999; *Sciences Humaines* 30, 2000:114-127).

Inmigración, marginalidad socioeconómica, desigualdad social superpuesta a la generacional, violencia, consolidación de los guetos, así como las decepciones heredadas de los regímenes políticos autoritarios, conducen a una verdadera “metamorfosis de la cuestión social”, como la calificara en 1995 Roberto Castel; remiten al “pasado de una ilusión”, a decir de François Furet (en este caso sobre la adhesión de los intelectuales al comunismo). Son éstos los componentes que bloquean la movilidad social, acentúan la segregación, fragmentan la familia y ponen en discusión los modos de gobernar. Situaciones que casi contemporáneamente se convierten en objetos centrales de estudio para las ciencias sociales cuando la caída de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y el fin del marxismo, así como los movimientos en favor de los derechos del hombre y la

reivindicación de las minorías culturales, dejan profundas huellas en el mundo contemporáneo y renuevan a fondo las bases de la filosofía política. Se replantea “la teoría de la justicia” del estadounidense John Rawls (1971) para justificar la necesidad de una distribución social, de un contrato social justo, en el marco de una sociedad compuesta por individuos libres y racionales. Un planteo que no tarda en ser contrarrestado por Charles Taylor, cuando descarta este modo de razonamiento donde el individuo es punto de partida y también finalidad de la sociedad, entendiéndolo que un individuo no existe sin una comunidad de pertenencia (Girbal-Blacha, 2003:8-29).

Avanzan los eclécticos y diversos modos y estilos de vida de una cultura posmoderna (para algunos sólo una moda efímera), producto –según Stephen Crook, Jan Pakulski y Malcom Waters– de la fragmentación social, del cambio social generado por la “deconstrucción” del capital y del trabajo, por la “descomposición” de las clases sociales, por la “descentralización” de la autoridad estatal y por la “indiferenciación” entre la cultura docta y la cultura popular. Pero no todos comparten esta propuesta. Serge Gruzinski, por ejemplo, cree que los mestizajes, las mixturas culturales, no son fenómenos nuevos en la historia, sino que son habituales al funcionamiento de la humanidad, aunque sin duda, en tanto se registran sociedades con altos niveles de exclusión, el tema recobra preocupante vigencia y actualidad.

Con la fuerza de un nuevo paradigma, las redes entran al campo de las ciencias sociales para explicar el proceso formativo de las sociedades contemporáneas. En la sociología, la interacción ocupa un lugar central. Georg Simmel y la Escuela de Chicago son referentes importantes cuando se considera esta perspectiva de análisis. Pero es Manuel Castells (1998) en *La sociedad en redes* quien, con un vocabulario diferente, observa etnológicamente las diversas “tribus” modernas. Castells basa su explicación en dos fenómenos históricos: una mutación cultural iniciada en la década de 1960 (espíritu libertario, interacciones) y una revolución tecnológica claramente visible a partir de la década de 1970 (telecomunicaciones, genética). Ambos fenómenos ejercen una influencia decisiva en la organización de las diversas esferas sociales a través de las redes. Precisamente es la red, en tanto concepto básico, la que implica una reorientación en el análisis de las relaciones sociales en términos de comunicación, flujos y cambios, tanto en el orden jerárquico como institucional o de autoridad y sus vínculos con el Estado-Nación.

Redes generacionales, internacionales, comunicacionales, pero redes al fin y al cabo, aparecen inscriptas en el contexto de una "cibercultura" (Lévy, 1997). En *El poder de la identidad* (1999), Manuel Castells da claras muestras de que los grandes movimientos colectivos contemporáneos se forman según una lógica de redes, siendo la información y la comunicación asuntos centrales en la configuración de las mismas. Son nuevas formas de sociabilidad organizadas en redes, y las ciencias sociales –con sus estudios– deben hacerse eco de las mismas y contribuir a su explicación (Castells y May, 1994; Castells, 1999:91-133; Tarrow, 1997:17-29; Sousa Santos, 2001:177-188).

LAS CIENCIAS SOCIALES Y LA ARGENTINA ACTUAL

En las últimas dos décadas, las ciencias sociales se han renovado, han mutado rápidamente sus objetos y formas de análisis en un contexto de crisis, pero también de multidisciplina y de cambios en la escala de observación. Del individuo al actor social, de la sociedad a las redes sociales, de lo macro a lo micro, de las mentalidades a las representaciones. La concepción misma de la ciencia es la que se modifica con la desaparición de los grandes paradigmas, afirma Jacques Le Goff (*Sciences Humaines* 31, 2000-2001).

La historia, en tanto ciencia humanística, por ejemplo, pone el acento en los estudios de caso para dar consistencia al juego de escalas entre lo macro y lo microhistórico propuesto por la intelectualidad italiana. Individuos, acontecimientos y rupturas ocupan el centro de su interés y desestiman la "historia global", la interpretación única y la verdad absoluta. La propuesta –que no es nueva y se afirma a fines de la década de 1980– plantea nuevas escalas de análisis, pero también nuevas formas de escribir la historia que se adscriben a "los nuevos métodos de la investigación histórica" (Lepetit, 1995). La historia cultural se apoya en las representaciones, la *linguistic turn* americana produce una fuerte renovación en los interrogantes epistemológicos de la disciplina y la historia política reinstala en sus estudios el acontecimiento y la noción de ruptura. Más allá de los cambios, hoy ha perdido fuerza la pregunta de la década de 1990 acerca de si la historia es ciencia o relato, porque sin importar cómo se escriba (Veyne, 1971; *Clarín*, 1997: 20-21), lo cierto es que la historia es un saber verificable (Chartier).

Por su parte, la geografía adscribe a una nueva concepción del espacio y pone su interés en las regiones, los territorios y las dinámicas locales; son los “órdenes locales” los que se imponen, aun en un contexto de globalización. El espacio es construido socialmente y, en consecuencia, son los actores sociales los que hacen las diferencias a la hora de hablar de la apropiación del territorio. Juegos de actores y de lazos sociales invisibles que se anudan y se desatan son los objetos de estudio de las ciencias humanas y sociales desde esta perspectiva (Rofman, 1981; Boisier, 1992; Leyva, 1993; Eckert, 1996; Manzanal, 2007).

Durante la década de 1990, lo cognitivo se posiciona en el centro de los debates de la lingüística, la antropología, la sociología, las ciencias de la educación y la psiquiatría. El cerebro se presenta entonces como un ordenador y el pensamiento como un programa informático (Jean-François Dortier). Pero hoy la maduración de las ciencias cognitivas permite descartar esas posturas radicales y el mundo de las representaciones ha encontrado su lugar en las ciencias humanas. A decir de François Dosse, se advierte una convergencia de las diversas corrientes del pensamiento hacia un nuevo paradigma centrado en las teorías de la acción y en el análisis de los sentidos. Una aproximación que toma en cuenta la subjetividad del actor y admite el relato y la puesta en cuestión como los modos sustantivos de acceso al mundo humano. Una conceptualización que al mismo François Dosse le permite sostener que se está ante una “humanización de las ciencias humanas” (*Sciences Humaines* 100, 1999).

La nueva sociología –representada por Anthony Giddens, Pierre Bourdieu y Luc Boltanski, entre otros– se aproxima al constructivismo, que procura resolver la oposición clásica entre individuo y sociedad; es decir, se trata de una concepción del mundo social en la que los actores (individuales y colectivos) son creadores de las realidades sociales que exteriorizan bajo la forma de sistemas de contratos, e interiorizan en tanto representaciones y socializaciones en una coyuntura donde las instituciones declinan (Blacha, 2005:119-137).

Es ésta una propuesta que asume la psicología a partir de la adopción de un nuevo paradigma interaccionista, aquel que analiza los fenómenos humanos desde el prisma de las interacciones sociales. Las ciencias políticas, por su parte, se ven influidas por “la metamorfosis del poder” (*Sciences Humaines* 11, 1995-1996) de las políticas públicas, porque cuando se estudia la acción del Estado y la evolución política, se analiza e interpreta la mutación de la sociedad y de la

movilización colectiva en el marco de una profunda conflictividad, atendiendo al carácter dual del Estado que representa a la sociedad en su conjunto y es también instrumento de los sectores hegemónicos. La construcción de identidades (comunitarias, grupales, nacionales) ha convocado a historiadores, antropólogos, sociólogos y politólogos por igual, para aproximarse a una definición que contemple las realidades interculturales y la vinculación con la integración nacional respecto de las autonomías regionales (Bourdieu, 2001). Cuestión ésta que para países como la Argentina –con una superficie de casi tres millones de kilómetros cuadrados y desigualdades notorias entre regiones– asume una connotación significativa.

Lo expuesto indica que se avanza hacia el pluralismo y que seguirá la resistencia a ligar la investigación científica con un modelo exclusivo de referencia. Las nuevas generaciones de la sociedad del conocimiento –por lo menos en cuanto a ciencias sociales se refiere– son prudentes, escépticas, y se niegan a asociar sus estudios con grandes teorías como en otros tiempos (funcionalismo, estructuralismo, marxismo, etcétera). Son pluralistas en tanto admiten la diversidad de enfoques, y aunque puedan adherirse a una síntesis del conocimiento en sus respectivas disciplinas, se niegan a integrar modelos y teorías en un molde único. El pluralismo es una práctica que se realiza mediante proyectos de investigación multidisciplinarios capaces de abrir horizontes de acción. La ciencia argentina se hace eco de los cambios, los aplica y los ajusta a su propio escenario.

Las ciencias humanas son dinámicas, mutan. El momento es propicio ya que –como se dijo– el “infame límite” entre las ciencias naturales y sociales está hoy desdibujado y la trasgresión disciplinaria (entendida ésta como refugio de recursos institucionales e intelectuales) se presenta no sólo como causal de riesgos, sino esencialmente como expresión de interesantes oportunidades (Fox, 2000:11-19).

Han caído los grandes paradigmas, es cierto, también se registra una ausencia de nombres magistrales de relevo que sirvan de referencia a esta gran área del conocimiento, y es difícil pensar hoy en la adscripción a modelos únicos, lo cual ha permitido el reconocimiento de la diversidad en las ciencias sociales y humanas, así como el parcelamiento de sus áreas de dominio. Memoria colectiva y clases sociales –como lo propusiera Maurice Halbwachs (1877-1945) hacia 1925, inscribiéndolas en los postulados racionalistas– forman parte del debate actual no sólo como un fenómeno psicológico individual, contestatario

del pensamiento de Durkheim y de la psicología de su tiempo –que reconstruye recuerdos formados por la familia, los grupos y la sociedad–, sino como parte de las sociedades globales, en tanto fragmentos e imágenes del pasado inscriptas en la coyuntura del presente; es decir, de una sociedad dominada por la lógica de la información y de la interacción, pero al mismo tiempo, fracturada e inmersa en un profundo sesgo de exclusión, de marginalidad y de aislamiento (*Sciences Humaines* 100, 1999:58-60).

Como en otros tiempos –o quizás más que en otras circunstancias–, las ciencias sociales tienen una importante misión que cumplir: llevar adelante un diagnóstico preciso de la desigualdad e iniquidad reinantes y contribuir al debate pluralista e interdisciplinario que aporte soluciones trascendentes para contrarrestar los efectos más nefastos de la crisis, que no es sólo económica, sino social, institucional, cultural y política. Y deben hacerlo, además, sin grandes marcos y teorías de referencia, sin adscripciones a modelos unilaterales y sin el aporte sustantivo de un debate intelectual circunscrito a ambos ejes de referencia, porque hoy se presentan como inexistentes. De todas maneras, la prioridad de la ciencia y la tecnología en la sociedad del conocimiento del siglo XXI necesita de las ciencias sociales y de sus hallazgos.

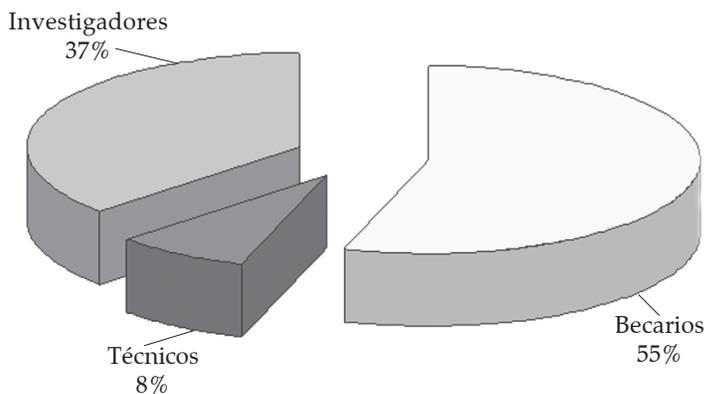
Hace un par de años, los científicos alemanes (liderados por Peter Damerow, del Instituto Max Planck de Historia de las Ciencias) sostenían que los orígenes de la matemática babilónica debían buscarse en los estudios sobre la administración de los Estados y territorios, y no en la astronomía o en investigaciones de fenómenos mecánicos. Hoy, la misma disciplina se declara conectada al arte, la música, la filosofía e incluso la religión (*Clarín*, 2008:36); vale decir que el carácter multidisciplinar de la ciencia merece ser discutido, tanto desde el ámbito disciplinario como desde fuera de las especialidades que la componen. Y en ese arco iris, las ciencias del hombre tienen mucho que aportar.

Los avances científico-tecnológicos van más allá de los laboratorios y las experiencias fácticas ligadas a las ciencias exactas y naturales, al ciberespacio y a las comunicaciones. Los gastos en investigación y desarrollo que, a través del Conicet, hace el Estado argentino para atender las necesidades básicas de los diversos campos disciplinares, han sido apenas de \$408 232 927 en el último presupuesto. De ese total, el porcentaje dedicado a las humanidades y a las ciencias sociales

es de sólo 11%. Es preciso, por lo tanto, fortalecer estas áreas de la ciencia para beneficio de la sociedad en su conjunto.

Según datos de 2007, de los 5 229 investigadores en actividad con que cuenta hoy este máximo organismo de la ciencia argentina para las cuatro grandes áreas del conocimiento y la tecnología, de los 5 613 becarios de las categorías de posgrado y posdoctoral y de los 2 319 técnicos que son miembros de la Carrera del Personal de Apoyo a la Investigación, corresponden a las ciencias sociales y humanas 1 045 investigadores, 1 553 becarios y 218 técnicos; es decir, un universo de 2 816 personas (21%) sobre un total general de 13 161 miembros de las tres categorías, correspondientes a todas las áreas del conocimiento. Del total perteneciente a las ciencias humanas y sociales, alrededor de 37% está representado por investigadores científicos, 55% por becarios y 8% por técnicos.

GRÁFICA 1
Ciencias sociales y humanas en el Conicet, 2008



FUENTE: Gerencia de Evaluación y Planificación, Conicet.

La postergación que en tiempos de crisis institucional y económica sufrieran las disciplinas que integran esta gran área del conocimiento, hoy intenta revertirse mediante el impulso dado a las denominadas áreas de vacancia, aunque la tarea –con recursos acotados– no es

sencilla. Según datos del 2001, de los 1 219 proyectos en ejecución que tiene el Conicet, sólo 11% corresponden a las ciencias sociales y humanas, radicándose la gran mayoría en las universidades nacionales. La financiación de estos proyectos corresponde en 40% a las universidades públicas y el resto –por partes iguales– a organismos privados de bien público y a otras entidades de ciencia y tecnología.

Aunque los resultados de las investigaciones en humanidades y ciencias sociales se editan en publicaciones especializadas de reconocida calidad científica (tanto nacionales como extranjeras), no siempre la política científica argentina les otorga el lugar que les corresponde; incluso sus resultados han llegado a compararse con la teología en una entrevista reciente –de inicios de 2008– que el matutino *Página 12* le hiciera al ministro del área. Esta comparación generó una reacción de malestar entre los científicos sociales, quienes pronto respondieron a esta particular evaluación del funcionario.

Una nación de 45 millones de habitantes que, según estadísticas del INDEC, registra unos 10 millones de pobres e indigentes –tomando en consideración que los instrumentos de medición tradicionales son insuficientes para guardar el registro de las nuevas expresiones de la marginalidad, la pobreza y la exclusión– hace imprescindible el papel de las ciencias sociales para encontrar soluciones a los problemas de conjunto. El desafío actual de los argentinos es reconstruir el Estado y redistribuir el ingreso, que ha crecido en términos absolutos desde la crisis del 2001 en más de 43%, en un contexto en el que el costo salarial de la industria ha caído 20% en los últimos 10 años respecto de la productividad y el alza de precios (según el Ministerio de Economía); pero también en medio de un récord agrícola que supera los 92 millones de toneladas de cereales y oleaginosas (*Clarín*, 2007:38-39).

Desde algunos ámbitos de la función pública, se habla de la falta de compromiso de los científicos sociales. Esta situación se engarza con el proceso de crisis que ha vivido el país en los últimos años y que, sin duda, influye de manera directa en la retracción de la participación de los intelectuales –y no sólo de los científicos sociales–, que reniegan de su función activa en las causas públicas en debate. Una actitud comprometida que hoy, en una Argentina aún impactada por los guarismos de la marginalidad, así como ante las contradictorias facetas que emergen de la sociedad civil, merece ser recreada. No hace mucho tiempo, el sociólogo francés Alain Touraine ha dicho, refiriéndose a la Argentina: “este país se construyó desde la escuela y

lo pensaron mentes capaces de vincular a la sociedad civil con la sociedad política, en instituciones que incluyeran a todos" (*Clarín*, 2002:10), generando con esta sentencia un renovado reclamo a la indispensable participación por parte de los intelectuales, los científicos y los tecnólogos.

Jean-Paul Sartre sostiene que "la felicidad no está en hacer lo que uno quiere, sino en querer lo que uno hace". Podría decirse, como sostiene una de las más lúcidas científicas argentinas (Dosne, 2007), que queremos lo que hacemos y que no siempre hemos hecho lo que queríamos. De todos modos, en el transcurso de este año, en el marco de la universidad pública porteña, académicos, funcionarios y empresarios se han reunido para discutir respecto de planes sociales, políticas de Estado y gestión de empresas (*Clarín*, 2008:18). Es un buen comienzo para reivindicar el papel que las ciencias sociales están llamadas a desempeñar en el complejo escenario nacional. Como parte sustancial de un acuerdo por el Bicentenario que habrá de conmemorarse en el 2010, los intelectuales piden hoy "vivir reconciliados en un proyecto común de coexistencia política", a pesar de que –más allá de la realidad argentina– en un mundo incierto donde la precariedad se impone, "ya no se pide a los políticos que mejoren las cosas, sino que no las empeoren", como sostiene el antropólogo francés Marc Abélès (*Clarín*, 2008:36).

"La diferencia entre ciencia básica y ciencia aplicada es difícil de sostener cuando se analiza el desarrollo histórico de las ciencias sociales. Desde los padres fundadores a los autores actuales, la preocupación que motivó sus investigaciones fue la preocupación por intervenir en el desenvolvimiento político y social de sus sociedades" (Sidicaro, 2008:23). El desafío actual está planteado: divulgar el significado y la utilidad de la investigación científica, la tecnología y la innovación productiva, haciendo comprender a los dirigentes y, esencialmente, a la sociedad en su conjunto, que la ciencia es una inversión a mediano o largo plazo, y no un gasto prescindible; que cumple una función social insustituible y por esa misma razón forma parte del patrimonio cultural de la nación, en un contexto en el que existen nuevos ámbitos políticos por los cuales el poder circula reclamando eficiencia (*Página 12*, 2008:12).

La inclusión, la libertad y la igualdad de oportunidades no se consiguen de espaldas a los principios básicos de la ciencia y la tecnología, que encierran la equidad y la igualdad de oportunidades

para toda la sociedad, de las cuales no siempre la estadística da cuenta. Y es que ciencia, política y sociedad han mantenido y mantienen “relaciones controvertidas” (Villavicencio, 2008:28). Del rango que se otorgue a la primera, en tanto decisión política, dependerá el bienestar de la última, y desde este punto de vista, las ciencias sociales deben contribuir con el aporte sustancial de sus resultados a la formulación de políticas públicas comprensivas y de largo plazo, así como al diseño de las competencias entre lo público y lo privado.

BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, Hannah (1991), *Eichmann à Jerusalem*, Gallimard, París.
- Barrios Medina, Ariel y Alejandro C. Paladini (comps.) (1989), *Escritos y discursos del Dr. Bernardo A. Houssay*, Eudeba, Buenos Aires.
- Blacha, Luis Ernesto (2005), “Los individuos en el contexto de la flexibilidad de la red como forma de organización”, *Estudios. Revista del Centro de Estudios Avanzados*, núm. 17, primavera, pp. 119-137.
- Boisier, Sergio (1992), *El difícil arte de hacer región: las regiones como actores territoriales del nuevo orden internacional*, CBC, Cusco.
- Bourdieu, Pierre (2001), *Contre-feux 2. Pour un mouvement social européen*, Raisons D’Agir Editions, París.
- (2002), *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*, Montessor, *Jungla simbólica*, Buenos Aires.
- Cabin, Phillippe (2000), “Les intellectuels et le marxisme”, *Sciences Humaines* 30, septiembre, número especial, pp. 68-69.
- Castells, Manuel y Peter May (1994), *Las tecnópolis del mundo. La formación de los complejos industriales del siglo XXI*, Alianza, Madrid.
- Castells, Manuel (1999), “La otra cara de la tierra: movimientos sociales contra el nuevo orden global”, *La era de la información*, vol. II, Siglo XXI Editores, México.
- Ciapuscio, Héctor (1994), “La historia de la tecnología como disciplina”, *El fuego de Prometeo. Tecnología y sociedad*, Eudeba, Buenos Aires.
- Chomsky, Noam (1993), *El miedo a la democracia*, Crítica, Barcelona.
- Dosne Pasqualini, Christiane (2007), *Quise lo que hice. Autobiografía de una investigadora científica*, Leviatán, Buenos Aires.
- Eckert, Denis (1996), *Evaluation et prospective des territoires*, Reclus, París.
- Fox Sèller, Evelyn (2000), *Lenguaje y vida. Metáforas de la biología en el siglo XX*, Manantial, Buenos Aires.
- Furet, François (1995), *Le passé d’une illusion*, Robert Laffont-Calmann-Lévy, París.

- Gaudin, Jean-Pierre (1999), *Gouverner par contrat. L'action publique en question*, Presses de Sciences Po, París.
- Girbal-Blacha, Noemí y Diana Quattrocchi-Woisson (eds.) (1999), *Cuando opinar es actuar. Revistas argentinas del siglo XX*, Academia Nacional de la Historia, Estudio Preliminar, Buenos Aires.
- (2003), "Las ciencias sociales: ¿por qué y para qué?", *Revista de Ciencias Sociales*, núm. 14, Universidad Nacional de Quilmes, agosto, pp. 8-29.
- (2004), "Espacio regional, sujetos sociales y políticas públicas. Reflexiones históricas sobre el estudio de las continuidades y cambios en la Argentina rural", *Estudios. Revista del Centro de Estudios Avanzados*, núm. 15, otoño, pp. 171-186.
- Invernizzi, Hernán y Judith Gociol (2002), *Un golpe a los libros. Represión a la cultura durante la última dictadura militar*, Eudeba, Buenos Aires.
- Koselleck, Reinhart (1993), *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Buenos Aires.
- Laclau, Ernesto (2000), *Misticismo, retórica y política*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Lepetit, Bernard (ed.) (1995), *Les formes de l'expérience. Une autre histoire sociale*, Albin Michel, París.
- Leyva, Xóchitl (1993), *Poder y desarrollo regional*, Colegio de Michoacán, México.
- Manzanal, Mabel (2007), "Territorio, poder e instituciones. Una perspectiva crítica sobre la producción del territorio", en Mabel Manzanal, Mariana Arzeno y Beatriz Nussbaumer, *Territorios en construcción. Actores, tramas y gobiernos: entre la cooperación y el conflicto*, CICCUS, Buenos Aires.
- Revel, Jacques (ed.) (1999), *Fernand Brausel et l'Histoire*, Pluriel Inédit, París.
- (1996), "Micro-analyse et construction du social", en Jacques Revel (ed.), *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*, Gallimard/Le Seuil, París.
- Ricœur, Paul (2000), *La Mémoire, l'Histoire, l'Oubli*, Seuil, París.
- Rofman, Alejandro (1981), *La política económica y el desarrollo regional*, Universidad Simón Bolívar, Bogotá.
- Sigal, Silvia (1991), *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, PuntoSur, Buenos Aires.
- Tarrow, Sidney (1997), *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza, Madrid.
- Terán, Óscar (1991), *Nuestros años sesentas*, PuntoSur, Buenos Aires.
- Touraine, Alain (1998), *Igualdad y diversidad. Las nuevas tareas de la democracia*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Veyne, Paul (1971), *Comment on écrit l'histoire*, Seuil, París.
- Winock, Michel (1999), *Le siècle des intellectuels*, Seuil, París.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

- Clarín*, Buenos Aires, 3 de agosto de 1997, sección Opinión, pp. 20-21.
- Clarín*, Buenos Aires, 27 de octubre de 2002, p. 10.
- Clarín*, Buenos Aires, 29 de octubre de 2007, pp. 38-39.
- Clarín*, Buenos Aires, 3 de febrero de 2008, p. 36 (declaraciones del matemático Pablo Amster).
- Clarín*, Buenos Aires, 8 de junio de 2008, sección Eco, pp. 18 y 36-37.
- Clarín*, Buenos Aires, 15 de junio de 2008, sección Zona, pp. 34-35.
- Girbal-Blacha, Noemí M. (1997), "Cuestión regional-cuestión nacional. Lo real y lo virtual en la historia económica argentina", en *Ciclos* 12, vol. VII, primer semestre, pp. 223-229.
- Página 12*, Buenos Aires, 11 de junio de 2008, pp. 12-13.
- "1900-2000. Un siècle de sciences humaines", en *Sciences Humaines* 30, septiembre 2000, número especial, pp. 80-89 y 114-127.
- "Histoire et philosophie des sciences", 2000-2001, en *Sciences Humaines* 31, Hors Série, diciembre/enero-febrero (número realizado con la participación del CNRS).
- "Le renouveau des sciences humaines", 1999, en *Sciences Humaines* 100, diciembre.
- "L'histoire aujourd'hui. Le métier d'historien. Les grands courants. Les champs de recherché", en *Sciences Humaines* 18, Hors Série, septiembre/octubre 1997, entrevista a Jacques le Goff, pp. 12-13.
- "Les métamorphoses du pouvoir", 1995-1996, en *Sciences Humaines* 11, Hors Série, diciembre/enero.
- Ricardo Sidicaro, 2008, "Pensando las relaciones entre ciencias sociales y sociedad", en *Ciencias Sociales. Revista de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA* 70, abril, pp. 22-23.
- Boaventura de Sousa, Santos (2001), "Los nuevos movimientos sociales", en *Revista Osal* 5, CLACSO, Buenos Aires, septiembre, pp. 177-188.
- Villavicencio, Susana (2008), "Ciencia y política: unas relaciones controvertidas", en *Ciencias Sociales. Revista de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA* 70, abril, pp. 28-29.